

Andrés Sánchez Robayna

En el cuerpo del mundo

POESÍA COMPLETA



Galaxia Gutenberg

Andrés Sánchez Robayna

En el cuerpo del mundo

POESÍA COMPLETA

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2023

© Andrés Sánchez Robayna, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación:
Depósito legal: B 35-2023
ISBN: 978-84-19392-65-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A
M. y A.

Día de aire

[1970]

Día de aire

I

El sol toma tus ojos que se asoman,
acerca sus colores azarosos
sobre las aguas alumbradas. Mira
la extensa fábula del mar, la aurora.

II

Naces, y es un presentimiento,
como el presentimiento de la luz
cuando sales del sueño. La mañana
sobre los médanos te llama
a la busca del aire, al dominio del sol.

III

Cruzas los claros médanos de junio
y llegas a la orilla: barcas, redes,
peces tendidos en el mimbre bajo
la luz hollada por los pies del dios.

IV

Lienzo del mar, palabra
que el aire busca en las orillas,
sílabas que te busca, trasminada
sílabas que remontan las gaviotas.

V

Mudo caminas bajo el día de aire.
Excavas en la orilla la palabra
que dice el mar soplado. La palabra
que late desde el fondo de la roca.

VI

Un éxodo de sal y duna, un tiempo
del sol abierto entre las redes, astro
matinal que se esconde en la palabra
bajo la luz, bajo los centelleos.

VII

La efigie de la piedra, el éxodo
en las arenas alumbradas. Solo
nacimiento a la luz. A la palabra
que diga las efigies de la luz.

VIII

Día de aire trémulo en las cañas.
La efigie de la roca azul que diga
la palabra que sea alumbramiento.
La ocupada custodia, el fuego material.

IX

Te buscaste en las piedras y en las aguas.
La noche toma el oleaje. Oscuro
tiempo de efigies que buscaste para
saber el nombre de la claridad.

Clima

[1972-1976]

ESCENA

Escena

I

Cerca del mar
visible, divisado,
el intenso ramaje que corta
la luz en delgados sentidos;
allí,
brillante y negro,
cae mi ropaje.
En lo alto, el toque
de hojas en el vacío
del aire
suena
sobre el silencio.
Al fondo marino,
negro artesonado,
movimientos negros.

II

Soy el actor,
el difusor,
y oigo los golpes del ramaje.
Cada ola
bate en mis párpados.
Si el sol, en este punto, pudiera
hacia sí alzar el mar
más verde,
éste sería mi
trono de Ludovisi.

III

Las olas son la superficie.
En el centro del flujo
del mar, miro el incendio:
son
los golpes
del sol sobre el mar.
Y no caen.
Aquí rompen contra
ventiscas, raíces
vueltas, helechos.
Diciendo mi papel,
me extendo y
danzo.

IV

Las olas son la superficie,
y ahora baten.
Soy el actor.
Éste mi caramillo,
éste mi
trono.

Sonata

Hojas de la isla verde
o figuras de la isla en gris
espacio de silenciosas hojas,
inscritos frente al mar

nocturno y sus estrellas,
árboles inclinados

sobre la arena oscura
en que yacen los cuerpos.

El rumor de las hojas
es el solo instrumento
de la noche, sus labios.
Su música sonante.

Sobre la arena negra
se funden y confunden
los cuerpos y el ramaje,
bajo la medianoche

hendida, tubular:
bajo los cielos lácteos.
Es el orden nocturno
de las hojas que suenan.

Las manos de la brisa
se hunden en los ramajes.
Y los cuerpos se agitan.
Luz lunar en la piel

contra la noche hendida,
extensa. Hojas
cortan su aliento,
claves, timbres.

En esta luz se aíslan
extenuados miembros,
se separan los cuerpos,
se funden con la noche.

Los ramajes se aquietan.
El mar brilla extendido.
Y extendidos están
los cuerpos aquietados.

Sobre la arena yacen
en la noche soplada
por el viento, en la tierra:
en las islas hipéreas.

Nocturno

Ruedan los astros
que escriben el silencio
sobre sus círculos

La luz lunar desciende
hasta arenas y hierros
casas y roquedales

Y fija sus helados
dientes de medianoche
en el mar de las islas

Médano

*Sintaxe e
dumas*

HAROLDO DE CAMPOS

I

Ante el mar estival
el azul y la rama de agosto
—teatros ardientes.
Entre las huellas de la duna,
sobre el viejo escenario de antiguos

cuerpos y voces, ante
el filoso tejido de rocas
quemadas, tus brazos entregan
el pulso y la raíz que esta tierra
ofrece a la más honda ventisca
de la hora de agosto,
cuando tu cuerpo tiene la misma ligereza
de frescas sombras sobre
el sonido del mar.

II

Dos o tres rocas
en el mar de las islas.
Son los signos,
los médanos;
el vacío entre una y otra rama
al sol; espacio
del cuerpo y de la roca,
espacio del sol fijo
entre la ola antigua.
Una rama, el sol, vacío:
la mente tiene ahora
la ligereza de las nubes.

III

—Teatros ardientes.
La hoja estival se arquea;
los arbustos,
las raíces ligeras,
cruzan ante la orilla en manos
de la ventisca; saltan
las gotas de la última ola.
Toco entonces tu piel,
la piel del sol a la que llegan

las gotas de esa ola antigua,
ágil entre los médanos.

Tu cuerpo tiene entonces
la misma ligereza
de la gota en el viento.

IV

El viento y la rama de agosto
están sobre las olas.
Toman el color de las olas.

La luz creó la roca,
saltó sobre las dunas
quietas, rodó bajo las nubes

ligeras, transparentes.
El verano creció para esta hora
del sol fijo en los médanos.

Entre el viento y la roca,
una rama,
fija como su sombra sobre el mar estival.

Luna

Al fondo frío de las islas
blancas, o del más blanco
azul, la noche llena
desde lo alto las raíces
breves, negras,
el mar exhala en calas

redondas, noche, meta-
listería, placas, platas.

La noche es más que el cielo
sobre tu cuerpo. Negros,
negros gestos difundes
sobre la arena.

La luna es más que el cielo:
en tu cuerpo se graba.
Bajo el cielo, lentas
arenas, olas enclavadas.

Fragmentos nocturnos

I

La idea de la luna,
el espacio sombrío de dos
laderas en la mente,
cruzadas
(dije)
entre los bordes de la hoja
—líneas del mar cercano—,
son uno.
En las líneas del aire,
el rocío humedece la hoja
quemada al mediodía.
Blanca,
quieta en la superficie iluminada
—líneas del aire mueven una ola
entonces presentida—:
la mente entre el frescor nocturno.

II

El rumor de los pinos
en el aire nocturno.
Sus ramas dividen la noche.

El aire cae y divide
las hojas —pensamientos
que la noche dispone.

Noche de dos mitades
azules en la mente.
El pensamiento las recorre.

Vacío, el aire mueve
contra las sombras altas
ágiles ramos, vivos.

En la luz divisoria
la mente cae y divide
el oleaje de los pinos.

Serenade

I

Está quieta la noche.
Oigo la música fluir.

Sólo breves fanales,
dedos llenos de tonos.

La luz gravita sobre el rostro,
sobre las claves cadenciosas.

Oh rostro recogido
en los timbres que fluyen,

un rostro inscrito, al fondo.
Bajo el aire nocturno

sólo breves fanales.
Sólo quien oye

la irrupción lenta del fagot,
el fagot que susurra en la luz inclinada.

II

Después, la noche, erguida, busca
un pasadizo por la casa,

se cuela por los cuartos, nos encuentra
saliendo o en el jardín

mientras leemos,
ocupa nuestros rostros

ardidos ya en el método
de la lectura que se adhiere

al mar,
y allí estamos alzados,

para ver
la noche en una esclusa de silencio.

El durmiente que oyó la más difusa música

Las delicadas espaldas del sueño
remontan rojas el océano,

nubes de densidad calurosa
al extremo del día abovedado,

el mar en esta brisa de verano.
La más difusa música, en el sueño,

la visión más intensa,
las olas prolongadas y el sol y los pinos

giran con esas olas y ese aire que él sueña.
Las nubes son su espalda.

Ni el sol ni la mañana serán ya para él
un sol o una mañana o un azul ilusorios.

Conocimiento

Ligeramente cruzo sobre montes y hojas,
tallos abandonados, oculto entre las llamas.

Torres del sol al filo de las hojas,
flores cayendo lentamente al fuego.

Sed de los tallos en los leves surcos, piedras
ardiendo que mis pies soportan.

Temor de la lanzada fuerza humana.
Contra inmensas laderas sentidos que no sé.

Calma de arcos sobre la luz del sueño:
allí la luz sumerge islas y tallos.

Contra la luz vacía de la tarde, un sol
demorado retoza sobre vida y muerte.

Para el viento nocturno

I

Establecimientos de la noche,
los signos de la noche antigua.
Yo entro en esa posesión
como por un espacio ennegrecido
de cielos rápidos.
Se dispersa el espacio.
Quieta en su ciega terraza,
la niebla
pudo ocultar tu cuerpo,
encerrarte en la noche dispersa.
Las nubes corren en la fijación
del espacio rodante
—memoria de esos cielos;
ahora cubren
la noche antigua.
El viento mueve ahora sus cimbreados signos.

II

La terraza, de noche, junto al mar
que tiembla entre sus rocas finales,

la entera opacidad marina, enhiesta,
las rocas de aquel junio nocturno,

se alzan enteras para reflejarse
en los hendidos soplos de este viento

de hoy, golpes de la memoria
entre el viento que arrastra la niebla

y las rocas cubiertas por la niebla
fija, bajo el cielo precipitado.

Distancia de esos soplos antiguos
—la memoria anulada con el viento presente.

Platas

Teje el cielo sus redes altivas,
el arco de la luna y sus charcas,
luz blanca entre las rocas altas.

Tremor del cielo entre su negro
espejeo de sombras de ramas
bajas, tremor de nubes rápidas.

Vi el cielo entre la fijación
cimbreada. Tu piel lo reflejaba.
Vacío espejo el de la luz del agua.

El cielo solo agita entonces un
espejo entre su nada. Yo temí
tener tu cuerpo entonces como luz.